
El once de septiembre

Jean Franco

Para Rocinante

El once de septiembre los ciudadanos de Nueva York descubrieron que habitaban una isla. Después de la destrucción de las torres gemelas, la policía cerró puentes y túneles, bloqueó carreteras, se detuvo a los aviones. Durante este día era difícil salir de la ciudad e imposible entrar, lo que acentuaba la sensación de vivir una película de horror con un fin apocalíptico. Al otro lado del puente de Brooklyn la gente esperaba ver, entre los sobrevivientes que huían del desastre, una cara conocida. Entre los muertos se contaban más de 300 bomberos entrenados para entrar en edificios en busca de sobrevivientes. El terreno donde se habían erigido las torres símbolo del comercio, se convirtió en una pira. En los días siguientes, Manhattan se dividía en dos: una ciudad de sobrevivientes y una ciudad de muertos - el "ground zero"- donde entre escombros, están enterrados los cadáveres despedazados de bomberos, policías, estadounidenses, mexicanos, brasileños, de ricos y pobres, de plomeros, cocineros y banqueros. Desde esta pira, el viento llevaba hasta Brooklyn los mensajes de vidas ya terminadas: los documentos quemados, los pedazos de cartas, transacciones, faxes. Hasta hoy día, Lower Manhattan huele a muerte.

En los primeros días, las barricadas cortaban la ciudad desde la calle catorce y sólo se permitía pasar a los habitantes de Lower Manhattan o a las familias de los desaparecidos que entregaban fotografías y descripciones frente a los hospitales que esperaban heridos cuando sólo había muertos. Aparecieron altares, banderas, obituarios, colas de gente donando sangre o dejando ropa y comida para los bomberos; se oían expresiones de patriotismo que no permitían matices o cuestionamiento. Había otras novedades también: tarjetas de identidad, encarcelamientos

sin proceso (más de mil), militares en los aeropuertos y fronteras cerradas contra refugiados e inmigrantes. La tarjeta verde que permite a extranjeros trabajar en los Estados Unidos se convertía en un estigma más que una licencia.

El 11 de septiembre es una fecha que marca un antes y un después. En este después no hay futuro previsible, no hay seguridad; o sea, estamos como el resto del mundo; vivimos en un estado de emergencia y de miedo aumentado por los misteriosos brotes de antrax. El choque del primer ataque contra suelo norteamericano fortaleció el consenso a favor del gobierno de Bush y el apoyo de la gran mayoría a la guerra y a los bombardeos en Afganistán. Más allá de la pregunta "Why do people hate us?" (¿Por qué nos odian?) no hay autocrítica ni mucha reflexión sobre las políticas y agresiones de este país. Cuando Susan Sontag y Noam Chomsky expresaron sus dudas ante los discursos oficiales, los descalificaron inmediatamente. Hay más, los discursos maniqueos de Bush que habla de "evildoers" (agentes del mal) en contraste con "the American people" (el pueblo estadounidense) que es compasivo, heroico y bueno, han reforzado el viejo discurso hegemónico según el cual Estados Unidos representa la cumbre de la civilización a que otros países tienen que aspirar. El estado de emergencia enmascara la prosecución de una agenda conservadora que incluirá la ocupación de Afganistán.

Los medios protegen a la gente lo más posible de las malas noticias; después del primer día cuando se veía gente saltando de las torres, no se ha publicado la fotografía de ningún cadáver rescatado. Aparte de CNN, casi no se habla del efecto de los bombardeos sobre los civiles en Afganistán, de las alianzas dudosas con países como Arabia Saudita y Pakistán, de la enorme crisis económica que será el efecto de la guerra (se calcula un costo de 50-70 mil millones de dólares), ni de los intereses enmascarados de los importadores de petróleo que quieren construir un oleoducto en Afganistán. Sin imponer una censura formal, se cuidan los militares de dar demasiada información oficial sobre la guerra, sobre el número de muertos y heridos y han tratado de inducir a los medios a no mostrar entrevistas con Bin Laden y otro material tomado del noticiero árabe, Al Jazeera.

Los movimientos de protesta, activos al principio, están ahora estancados y confusos. No es posible calificar el ataque como la venganza de los pobres contra los ricos cuando se trataba de jóvenes de clase

media que actuaban en nombre de un fundamentalismo religioso, contra un poder satánico y cuyo discurso es la inversión perfecta del de Bush. Sin embargo, tampoco se puede apoyar una guerra que según los cálculos durará años en un país ya castigado por sequías, sobre todo cuando los intereses particulares de los Estados Unidos están involucrados. Nos encontramos ante la necesidad de oponernos a dos fundamentalismos: el de los terroristas y el del mercado. Las aspiraciones de ambos son deprimentes. Matarse ilusionado por la promesa de vírgenes en el paraíso o vivir para comprar. ¡Cuánta pobreza espiritual! Leyendo los obituarios de las víctimas del ataque llama la atención cómo filtran el relato de la vida según el individualismo consumista, encarcelando su humanidad en gustos triviales: por el chocolate o la ópera, sus ambiciones restringidas a la necesidad de un carro nuevo, y su sociabilidad reducida a la familia o a los amigos. Claro, los obituarios no los escriben las víctimas.

Hay muchos como yo que se sienten silenciados y excluidos de la discusión pública que no permite matices; aunque la globalización inesperadamente ha mostrado su aspecto positivo: la porosidad de las fronteras electrónicas. Otras noticias nos llegan del exterior, por los noticieros en el internet; y las voces excluidas de la esfera pública se escuchan en los mensajes que infatigablemente circulan por el correo electrónico. Gracias a las cartas, ensayos y análisis que me han llegado en las últimas semanas, puedo reconocer las disidencias debajo de la superficie de unidad, los deseos de comunidad más amplia y la generosidad que desafía a los egoísmos fomentados por el sistema.

La ciudad queda irremediablemente dañada ; pero si no aprendemos del desastre estamos perdidos. Es un clisé decir que todo cambió el día 11 de septiembre; lo que está en juego, es la dirección de dicho cambio.